

Tranquilizaos, señores, y no temáis que abuse aquí de mi pasajera inmunidad para infligiros, a los postres, una disertación académica. Quiero indicar únicamente, — después de reconocer que, también bajo esta faz, es notable el progreso realizado, no sólo en dicha revista sino en toda la prensa argentina, — que en lo que por estilo se entiende, se combinan dos elementos igualmente indispensables para el escritor completo, si bien de muy desigual importancia y rareza, cuales son: por una parte, el cabal conocimiento lexicológico y gramatical del idioma, unido a una exquisita habilidad en la elección de los vocablos y empleo de los giros; por otra parte, ese don innato y genuino de expresar ideas propias en forma intensa y original, que constituye el *quid divinum* del escritor de raza, y acerca de lo cual huelga discurrir, no pudiendo nunca alcanzarlo quien no lo recibió por gracia infusa. Muy al contrario, la primera condición, susceptible de adquirirse o perfeccionarse por el estudio y cultivo, es la que encuentra en una publicación del género aludido su campo de